

La narración de la experiencia profesional como expresión del conocimiento en Trabajo Social

The narration of professional experience as an expression of knowledge in Social Work

Xavier MONTAGUD MAYOR
Universitat de Valencia (España)
javier.montagud@uv.es

Recibido: 27/04/2015
Revisado: 04/05/2015
Aceptado: 28/07/2015
Disponible on line: 25/11/2015

Resumen

La narración de la experiencia como expresión artística de la práctica profesional así como la posibilidad de obtener con ella un conocimiento son el objeto del artículo. Partiendo de la crítica al afán cientificista que parece dominar en el Trabajo Social en España, defendemos la necesidad de incorporar la experiencia a nuestra agenda investigadora de forma que permita adquirir una descripción más detallada y profunda de los problemas con los que tratamos y alcanzar así un tipo de conocimientos valiosos para la intervención social. En ese sentido, reivindicamos la integración de una práctica reflexiva en el ejercicio profesional que descubra la singularidad y complejidad de nuestra labor a través de un relato en el que el propio investigador es juez y parte de aquello que se describe. Pese a la tradicional oposición epistemológica y a los contratiempos para conjugar la práctica reflexiva sobre la acción con la investigación de un objeto del que el propio investigador forma parte, en el artículo exploramos las posibilidades de un tipo específico de investigación narrativa: las llamadas autometodologías como uno de los métodos y como un medio para valorizar la experiencia y mejorar la práctica profesional de los trabajadores sociales, en un entorno de creciente complejidad y dificultad para nuestro trabajo, al tiempo que se ofrecen como ejemplo, algunos de los textos que pueden ilustrarlo.

Palabras clave: autometodologías, experiencia, investigación narrativa, práctica profesional, reflexividad.

Abstract

This article focuses on the narration of experience as an artistic expression of professional practice and the possibility of obtaining this knowledge. Starting from the critique of scientism-based desire that seems to dominate social work in Spain, we defend the need to incorporate experience into our research agenda so as to allow a deeper and more detailed description of the problems that we deal with and to thereby achieve a type of knowledge that is valuable for social intervention. We argue in favour of the integration of reflective practice in our professional activities to discover the uniqueness and complexity of our work through a narration in which the researcher is part and parcel of what is described. Despite the traditional epistemological opposition and obstacles to combining action-focused reflective practice with the investigation of an object that the researcher forms part of, we explore the possibilities of a specific type of narrative inquiry, automethodology, as a means and method to enhance experience and improve professional social workers' practice in an environment in which our work is increasingly complex and difficult. We also offer some illustrative texts as examples.

Keywords: automethodology, experience, narrative inquiry, professional practice, reflexivity.

Referencia normalizada: Montagud Mayor, X. (2015): «La narración de la experiencia profesional como expresión del conocimiento en Trabajo Social». *Cuadernos de Trabajo Social*, 28(2): 199-209.

Sumario: 1. Los límites de un modelo de conocimiento posiblemente agotado. 2. El resurgir de la experiencia. 3. Reflexividad, subjetividad y narración en Trabajo Social. 4. Las narrativas del Trabajo Social en España. 5. Conclusiones. 6. Referencias bibliográficas.

1. Los límites de un modelo de conocimiento posiblemente agotado

Durante muchos años la intervención social fue más una práctica que el objeto de una disciplina.

Convendremos en que fueron la búsqueda de reconocimiento y los importantes cambios económicos y sociales los que motivaron en buena parte la reforma y acomodación de sus conoci-

mientos prácticos a la razón científica. Para ello siguieron el único modelo aceptado, el científico-racional, que otorga validez sólo a aquel conocimiento que sea sistemático, permanente y especializado. Como resultado, el campo de la intervención social se configuró como un espacio de encuentro entre diferentes disciplinas (sociología, psicología, política, trabajo social, pedagogía social, etc.) que pugnaban por imponer su particular visión e interpretación de los problemas sociales. En esas circunstancias el Trabajo Social se vio estimulado a apartar o desprenderse de una parte de aquel conocimiento en el que había basado su práctica (el saber hacer, la experiencia, las habilidades) ante la promesa de alcanzar la aceptación académica y mejorar el éxito profesional. Sin embargo, todos estos intentos por institucionalizar el saber práctico de la intervención social a través de la universidad no alcanzaron todos sus objetivos.

Como puso de relieve el diagnóstico de Glazer (1974), se siguió distinguiendo entre dos tipos de profesiones: las consideradas de primer orden (filosofía, derecho, ingeniería, medicina) cuyos conocimientos son sistemáticos, se dan en contextos estables y producen conocimientos básicos y aplicados; y un segundo grupo (psicoanálisis, educación social, trabajo social, magisterio) que dependen de las primeras, de las que se considera no tienen capacidad suficiente para construir conocimiento válido, al depender en gran parte de habilidades y destrezas individuales. Desde entonces, y pese a haber mejorado el reconocimiento de estas disciplinas, persisten algunas dudas acerca de su científicidad, como las apuntadas por Moreno Pestaña (2004) en relación al Trabajo Social.

En cualquier caso, tras haber confiado exclusivamente en el poder de la ingeniería social y en la capacidad del conocimiento sistemático para resolver los problemas sociales, estos se contemplan hoy como un dilema, cuya solución depende de una elección moral o política más que de la capacidad de ese conocimiento y de la tecnología para resolverlo (Rittel y Webber, 1973). A esta realidad hay que sumar el fantasma de unos resultados aparentemente escasos, algunos reveses de la intervención social y cierta percepción de no estar avanzando en la dirección esperada. Estos han provocado, desde la década de los ochenta, una paulatina pérdida de confianza en la capacidad de estas profesiones para hacerse

cargo del bienestar (NISW, 1990; Glazer, 1992; Schön, 1998). Dicha opinión, proscrita en público, surge a poco que lo removamos entre determinados ambientes administrativos y políticos influyentes.

Los hechos aquí apuntados nos hacen pensar en la posibilidad de que las estrategias tradicionales para generar conocimiento se estén enfrentando a ciertas restricciones a la hora de proponer mejoras innovadoras en la práctica de la intervención social que permitan avanzar en ellas y/o en la resolución de los problemas. Dicha eventualidad se sustenta en cuatro proposiciones:

1. El modelo de racionalidad técnica sobre el que se han construido las disciplinas de la intervención social está suponiendo hoy una limitación a la generación de nuevos conocimientos, al desechar facetas como la creatividad artística, la destreza, la actitud o la habilidad, que habían sido componentes fundamentales de la intervención social desde los inicios, e impedir la toma en consideración de otras fórmulas de investigación alejadas del mandato racionalista (Smith, 1987). Como señalan Cordero y Blanco (2004), respecto del Trabajo Social: «En la mayoría de los casos seguimos buscando nuestras respuestas y reivindicando nuestra capacidad de producir conocimiento a partir de una epistemología, de unos métodos, anclados en las ideas fuerza nacidas de la racionalidad moderna» (p. 409).

2. Como consecuencia de haber seguido incondicionalmente dicho modelo, asistimos a la separación entre un saber teórico y su aplicación. Esta ruptura conlleva a su vez dos importantes efectos, formulados en los trabajos de Rittel y Webber (1973), Schön (1998) y Morin (2004). De un lado, la separación de los teóricos del conocimiento (los profesores y los investigadores) de aquellos que la aplican (los profesionales). Del otro, la atribución de la condición de saber científico únicamente al conocimiento teórico que comparte sus criterios, que tiene como consecuencia más acusada relegar la práctica a un espacio de entrenamiento de habilidades subordinado a la teoría.

3. La creciente complejidad de la sociedad en la que vivimos impide continuar con un modelo basado en la división racional de los factores que integran cada problema, que se constata en la creciente dificultad para separarlos –si no

es a fuerza de arrasar con su unidad- y, al mismo tiempo, la imposibilidad de abordarlo desde un único punto de vista o disciplina (Morin, 1994; Cordero y Blanco, 2004).

4. La naturaleza de los problemas sociales ha mutado. Asistimos a una época en la que no hay una clara definición de qué entendemos por el problema, pero tampoco de cuál será su solución. Su naturaleza se asemeja más a la descripción de estos como un *wicked problem*¹, un problema caracterizado por la complejidad, la inestabilidad, la indefinibilidad, la incertidumbre, el carácter único y el conflicto de valores (Rittel y Webber, 1973).

En este contexto, surgen señales de desencanto de una parte de la población hacia nuestra capacidad, como profesionales, para resolver problemas cada vez más complejos, mientras se evidencian las insuficiencias del actual modelo de racionalidad técnica para continuar aportando medidas innovadoras y progreso:

Cada vez se insiste más en la incapacidad de unas intervenciones exclusivamente técnicas para incidir en las problemáticas sociales y en las propias relaciones de la vida cotidiana. Las nuevas perspectivas apuntan a que los problemas humanos y sociales difícilmente pueden encontrar una respuesta apropiada con propuestas de intervención exclusivamente de carácter técnico. Lo que presenta nuevos interrogantes acerca de la formación y el perfil profesional actual de los trabajadores sociales (Úcar, 2010, p. 5).

La suma de los argumentos expuestos nos lleva a considerar, como principal razón de los problemas descritos, que el conocimiento de la intervención social sigue dependiendo casi en exclusiva del paradigma racionalista. En esta misma línea se han pronunciado varios autores (Smith, 1987; Gibbons, 1997) que consideran que la búsqueda de la objetividad sigue condicionando nuestra agenda investigadora, hasta el punto de desplazar o eliminar aquellos elementos que no cumplen estrictamente sus requisitos. De otro lado, somos conscientes de las numerosas críticas que plantea la desconexión entre los conocimientos teóricos y las necesidades y demandas cotidianas de los estudiantes y profesio-

nales (Trillo y Méndez, 2001; Deslauriers y Pérez, 2004), mientras en el terreno de la intervención social es creciente la dificultad para afrontar y obtener cambios a través de la práctica (Sánchez Vidal, 1995; Úcar, 2010; Aguilar, 2014). Ambas cuestiones aluden sin duda a la posibilidad de que existan ciertos límites en la intervención social.

Estas dificultades, que aquí ceñimos al terreno epistemológico, vienen de lejos. Sirva como botón de muestra la temprana llamada a los trabajadores sociales de Cerdeira y Díaz (1988) para buscar «nuevas figuras topológicas para la expresión y expansión de los conceptos, nuevos dibujos» (p.137) que eviten la espiral de repetición y circularidad que observan en la política social y en los servicios sociales. Desde entonces vienen sucediéndose las llamadas al cambio, a la reforma o a la reconstitución de esos saberes teóricos y prácticos:

Es precisa una suerte de refundación del pensamiento aplicado a las intervenciones sociales. Hay que explorar y ensayar otras formas de pensar para alumbrar nuestra acción. A pesar de la grandilocuencia de nuestra situación ante el horizonte utópico, nuestra reflexión apenas alcanza a intuir siquiera un corto pasito, a invocar unas pocas ideas-sugestión. El verdadero reto es operativizarlas y queda aún pendiente (Renes, Ruiz, Fuentes y Jaraiz, 2007, p. 34).

Vaya por delante el reconocimiento de los importantes esfuerzos, logros y avances de la intervención social durante los últimos treinta y cinco años. Si echamos la mirada atrás, sólo fijando nuestra atención en el aspecto humano, hemos hecho y conseguido mucho. No obstante, debemos admitir las crecientes dificultades para obtener resultados que mejoren sensiblemente la situación de las personas a las que se dirige (FOESSA, 2014; CIPARAIS, 2015). La sociedad en la que vivimos, marcada por el vértigo y la complejidad de los problemas, exige cambios y nuevas fórmulas para la intervención social. Nuestros profesionales, voluntarios y estudiantes, exigen además otros tipos de conocimiento, que tenga en cuenta cualidades que el tiempo y las exigencias «cientificistas» parecen haber dejado de lado.

¹ Este término se viene traduciendo en español como «problema perverso» o «problema endiabado», una suerte de problema que iría más allá de lo que hoy comúnmente denominamos complejidad.

2. El resurgir de la experiencia

Son varios los autores que denuncian el privilegio en el Trabajo Social del saber teórico sobre el de la experiencia vivida (Dominelli, 1995; White, 2001; Erstad, 2002), o que plantean el rechazo de otras disciplinas, de que nuestra práctica pueda ser el germen a partir del que generar teoría para la intervención social (Healy, 2001). En España encontramos, a lo largo del tiempo, una actitud reivindicadora del papel de la práctica como elemento de racionalidad técnica, cuya importancia se plantea básicamente como complementaria de los aspectos teóricos de la formación (Mazzola, 1998; Deslauriers y Pérez, 2004; Ponce-de-León, 2012). Por el contrario, son escasos los autores que analizan el conocimiento basado en la experiencia. La razón de tal desigualdad es que tendemos a tratarlas como si fueran una sola. Nosotros en este artículo sostendremos que, pese al vínculo que las une, son cuestiones distintas. Entendemos que la práctica es el resultado de la acción profesional que puede ser sometida a criterios de racionalidad (siguiendo, por ejemplo, el modelo propuesto por Schön); mientras que atribuimos a la experiencia un conjunto de vivencias personales de carácter subjetivo relacionadas con esa misma acción. Conforme a esta distinción, mientras la primera ha sido objeto de atención continuada, la segunda queda relegada u orillada en la investigación. Todo ello, pese a que, como señala Erstad (2001), es este último «un conocimiento que puede aportar contenido para el desarrollo de la práctica profesional, pero que se mantiene invisible para la producción de los conocimientos» (p. 414). El resultado es que ese tipo de conocimientos se mueve en la sombra, impidiendo someterlo a un proceso de reflexión crítica.

Baste como prueba las propuestas que pretenden incorporar la práctica y la experiencia como forma de conocimiento. Hasta el momento el camino más socorrido ha sido la propuesta de sistematización de la práctica profesional; pero, a pesar de ser objeto repetido de atención en la docencia y en la investigación en Trabajo Social, son todavía escasos los ejemplos relevantes. Probablemente la razón sea que seguimos sin contar con un marco metodológico prehensible para los profesionales y estudiantes, más allá de los que han ido surgiendo del otro lado del Atlántico (Cifuentes, 1999; Sandoval, 2001). Tampoco

se prodigan los ejemplos de práctica basada en la evidencia aplicada al Trabajo Social, pese a que en este caso sí existe un método y un *corpus* que los sostengan. Otro tanto ocurre con la propuesta de reflexión sistemática de la práctica profesional formulada por Schön (1998). Si bien su influencia y difusión han sobrepasado las fronteras donde se formuló, son escasos los ejemplos prácticos que traer a estas líneas (Sicora, 2012; Rodríguez, 2013).

Más reciente es la apertura de una nueva senda que, conectando las ideas de Schön con el concepto de «aprendizaje situado» de Lave y Wenger, busca incorporar la experiencia a través de la implantación de comunidades de práctica reflexiva. Se trata de grupos de personas con una actividad común que reflexionan y producen conocimientos compartidos provenientes de su práctica individual, permitiéndoles elaborar herramientas, adquirir habilidades y desarrollar estructuras mentales capaces de afrontar con éxito situaciones análogas. Dichas experiencias, prometedoras en otros campos, están todavía por descubrir para el Trabajo Social.

En cualquier caso todas estas opciones, centradas en el análisis de los hechos y resultados que comporta la intervención social, siguen obviando cómo los individuos los vivimos e interpretamos. De hecho son pocos y desconocidos los trabajos de quienes exploran en esos dominios y se pronuncian a favor de incorporar la experiencia individual en el campo de la intervención social. Una de ellas, la trabajadora social e investigadora Susan White (2001), considera de suma importancia que los trabajadores sociales reconozcamos el papel de la experiencia y la subjetividad personal en determinadas situaciones profesionales, como la apreciación de riesgo social en menores o la valoración de conflictos familiares. Estos se presentan en público, tras criterios de racionalidad protocolizada, obviando el componente moral, la emoción y los prejuicios que los sostienen. Por su parte, Kushner (2000, 2011), conocido teórico de la evaluación social, denuncia la asimetría entre una «narrativa oficial» y «la narrativa experiencial», aquella en la que se refleja la opinión y experiencia de quienes participan en la acción social, ya se trate de los usuarios o colectivos a los que va dirigida, ya sea de los profesionales que intervienen. Esta tradicional inclinación hacia la despersonalización de las decisiones en los estudios e inves-

tigaciones —oficiales y académicos— se encuentra, de un tiempo a esta parte, con una fuerte contracorriente, que cuestiona la exclusividad de lo racional y objetivo y que pone de relieve lo experiencial (Coffey, 2004). «Experiencia» que ha encontrado como vehículo más valioso el relato, la historia tal y como es vivida por las personas y como ellas mismas la interpretan. En ella se ensalza lo personal y se elogia la subjetividad cuando la mayoría la rechazan, la tratan con desdén o la ocultan, demostrando que lo subjetivo, lo personal o lo anecdótico tiene más mérito que el de la simple aproximación enriquecedora.

Parece, pues, que ha llegado la hora de superar la frontera secular entre la investigación de los hechos y el de las experiencias. Una empresa especialmente necesaria en el campo de la formación e investigación en Trabajo Social, que se ha visto abocado a perseguir la objetividad, dejando a un lado el cúmulo de vivencias que estos más de treinta años de Servicios Sociales en España han permitido capitalizar y del que empiezan a dar cuenta, como veremos, algunos trabajos que se han publicado durante los últimos años.

3. Reflexividad, subjetividad y narración en Trabajo Social

Es improbable que podamos construir otra forma de acercarnos a la experiencia y de generar conocimientos sin que medie un profundo proceso de indagación individual acerca de los hechos que pretendemos investigar; en especial, el modo en que nos acercamos a ellos y los presentamos. Reconocer la subjetividad de la experiencia y, por lo tanto, el carácter construido de ese conocimiento, implica en primer lugar, examinarnos a nosotros mismos y los efectos que como investigadores tenemos en él. Así lo reconoce Jaraiz (2011) en el inicio de su investigación sobre la intervención social y los servicios sociales comunitarios:

Lo vivido, trabajado y leído me ha llevado a pensar que una gran parte de lo que podemos considerar como producto la investigación, no nace tanto de propósitos específicamente científicos en el sentido formal, sino que viene inducido por motivaciones que trascienden a la misma y que tienen que ver normalmente con la existencia de la vida, su explicación y mejora (p. 15).

Al mismo tiempo, la reflexividad se presenta como una herramienta inmejorable para reconocer como la subjetividad y la intersubjetividad influyen en todo proceso de investigación, desde cómo surge nuestro interés por un objeto concreto hasta la forma en la que lo representamos. Estos requerimientos, pese a no constituir un requisito científico, nos permiten abordar otras cuestiones como ya las apuntadas por Jaraiz:

Considerar que nuestra vivencia y nuestra percepción de la existencia tienen capacidad para condicionar nuestros actos (...) manejar con resortes más sólidos el juego de coartadas que se tejen entre el pensamiento y la realidad (...) identificar las motivaciones que nos llevan a preocuparnos por un objeto determinado (la intervención social), y por un conjunto concreto de formas y procesos en torno a la misma (idem).

Yendo un poco más lejos, como vienen señalando los trabajos de Vilbrod (2003) o Fombuena (2007, 2011), los antecedentes familiares y personales de los trabajadores sociales condicionan notablemente nuestra forma de entender y desempeñar el Trabajo Social, dejando al descubierto el importante grado de subjetividad con el que convivimos. Parece, pues, conveniente seguir el consejo de White (2001), cuando nos anima a seguir «un proceso de mirar hacia dentro» que permita reflexionar y pensar sobre cómo pueden estar repercutiendo nuestras propias vivencias y acontecimientos en la forma en que pensamos o en el modo en que encaramos el proceso de investigación y valoración de los problemas. Más si cabe, cuando es este en nuestra opinión un requerimiento indispensable para la formación de futuros profesionales. No se trata sólo de promover una especie de ejercicio autoanalítico en el que tomar conciencia de nuestro papel y posición en el mundo en que vivimos o de poner al descubierto los lazos de subjetividad que conlleva. El verdadero objetivo es construir otra forma de obtener conocimiento que permita abordar los problemas sociales desde una óptica distinta (Van Manen, 2003).

Puesto que, alejados de los canales tradicionales, hay otras estrategias de investigación con talento capaces de ofrecer una visión caleidoscópica de la realidad, con aptitudes para integrar la experiencia personal y dejar al descubierto el *habitus* que Foucault señala como

condicionante de la acción. Estas estrategias constituyen una alternativa idónea para indagar sobre las consecuencias de la postmodernidad. Más si cabe en el capítulo de la política social y los servicios sociales, ambas recorridas por un cúmulo de experiencias vividas, en el que los modos tradicionales de investigación chocan una y otra vez con la complejidad multidimensional que hemos descrito. A este respecto, Abbott (1992) defiende que una ciencia social expresada en términos de narrativas puede ser capaz de proporcionar «un acceso a la intervención política mucho mejor que la presente ciencia social de las variables» (p. 79). Coffey (2004) por su parte, concreta esa idea, al reconocer la pertinencia de las narrativas autobiográficas para repensar el modo en qué entendemos y acometemos la política social aunque considere que «el papel de estas está todavía pendiente de desarrollar» (p. 142).

Si la reflexividad deviene una exigencia para bucear en la experiencia, la narración es, sin duda, el medio más idóneo. Para Denzin (2003) vivimos en el momento de la narración, pues todo lo que estudiamos está dentro de una representación narrativa. A través de ella conocemos «la forma de pensamiento y expresión de la visión del mundo de una cultura» (Bruner, 1997, p. 15). En ella el sujeto se incorpora con plenitud al texto y su experiencia personal, lejos de ser excluida por su subjetividad, se convierte en su motor. Como consecuencia, en la confluencia de los tres elementos apuntados (reflexividad, subjetividad e interpretación) encontramos el fundamento de un nuevo modo de investigación: la investigación narrativa.

Esta estrategia es considerada por una parte de las ciencias sociales una corriente particular de la investigación cualitativa que presta especial atención a la narración de la experiencia personal y que Clandinin y Connelly (1994) definen como «el estudio de las formas en que los seres humanos experimentamos el mundo» (p. 6). Se trata de un modo de acercamiento a los hechos que centra sus esfuerzos en abordar la experiencia individual a partir de documentos personales que nos permiten captar el modo en el que los sujetos perciben y se vinculan con ellos. En la investigación narrativa hallamos múltiples métodos, algunos muy conocidos, como las historias de vida, la biografía o la autobiografía y otros de reciente incorporación, como la narrativa co-

constructiva, la autoetnografía o la *autoperformance* (Pensonau-Conway y Toyosaki, 2011, pp. 378-399).

La investigación narrativa ha venido despertando en la última década el interés de algunos investigadores y profesionales del Trabajo Social. La consideración de la intervención como un asunto fenomenológico y la legitimación de lo narrativo como método pueden tomarse como el punto de arranque. Más tarde, Alonso y Calles (2008) confirman la utilidad de las narraciones para influir en la motivación y aprendizaje de los alumnos mediante el recurso a historias y relatos que conecten los contenidos teóricos con la emoción de las experiencias. Formenti (2009) por su parte constata que los métodos autonarrativos se han asentado en Italia como instrumento para la autoformación de los profesionales permitiéndoles afrontar las dificultades del contacto cotidiano con el sufrimiento. Mientras, las experiencias de Erstad (2006) o de Julve, Cebrián y García (2013) muestran la utilidad de compartir los relatos como instrumento para descubrir y potenciar las habilidades profesionales al desarrollar «talleres de conocimiento».

Otras señales del interés emergente por la investigación narrativa y sus posibles aplicaciones son los trabajos teóricos de Sicora (2012), Rubilar (2013) y Guerrero (2014, 2015). El primero expone una estructura analítica que permite al trabajador social conectar experiencia, reflexión y acción, pasando de la teoría de la reflexividad a su práctica. El segundo, obra de la trabajadora social chilena, Gabriela Rubilar, indaga en el oficio de los trabajadores sociales, utilizando sus propias narraciones, en las que reflexionan sobre la forma en que intervienen, conocen e investigan los fenómenos sociales. Más cercano en el tiempo y en la distancia, el trabajo de Joaquín Guerrero (2015) reflexiona sobre las posibilidades y limitaciones de la investigación narrativa como instrumento para la investigación y la intervención social.

Otra prueba de ese interés es, en nuestra opinión, la incorporación de las historias de vida como método hasta su actual encumbramiento como forma predilecta de investigación cualitativa en nuestra disciplina. Todas ellas son una clara demostración de la fuerza que puede tener la narración como fuente de conocimiento y corroboran el surgimiento de la investigación narrativa en Trabajo Social como alternativa.

No obstante, aquí vamos a interesarnos por un tipo particular de narrativas que creemos son las que mejor reflejan la experiencia. Se enmarcan en lo que se ha venido denominando «prácticas analíticas creativas» (Richardson, 2000) o «autometodologías» (Pensoneau y Toyosaki, 2011). En ellas se reúnen métodos en los que se aúna el lenguaje artístico con el de las ciencias sociales a través de narraciones en las que el autor pone en valor su emoción, sus vivencias y opiniones sin intermediarios o intérpretes como sí ocurre en otras fórmulas.

Estos otros métodos no parecen haber corrido la misma suerte que las historias de vida, bien sea por desconocimiento o por las objeciones epistemológicas que suscitan. Se explica así la escasa producción en Trabajo Social de textos autobiográficos, autoetnográficos o de otras fórmulas de autoanálisis, que sí han alcanzado volumen e importancia en otras disciplinas y en otros países. Por consiguiente, dejamos conscientemente a un lado las biografías e historias de vida al considerar que su volumen e importancia las hace merecedoras de un trato independiente y nos centraremos en aquellos textos y autores que pueden encuadrarse entre las autometodologías.

4. Las narrativas del Trabajo Social en España

El antecedente más remoto e importante a considerar en el territorio de las autometodologías proviene de fuera de nuestras fronteras. Se trata de la conocida obra de Jane Addams (1910), *Twenty years at Hull-house*. De marcado carácter autobiográfico, describe el proceso de fundación de la primera institución comunitaria en Chicago, al tiempo que reflexiona sobre los principios que la inspiraron y propone medidas para la reforma social. Ya en España, a excepción de los trabajos aislados de Trescents (1987, 1993) y Montull (1994), vinculados a la experiencia de los primeros educadores sociales, no existen otros intentos. Ha sido necesario esperar a la retirada activa de algunas de las pioneras del Trabajo Social contemporáneo para conocer las reflexiones y vivencias de quienes aquí fundaron esta profesión o/y desarrollaron su labor en servicios sociales. En 2009, Montserrat Colomer publica «El trabajo social que yo he vivido». Esta autobiografía repasa los momentos más importantes de su vida profesional, desde su incorporación a la Escuela de Formación Social de Bar-

celona en 1939, pasando por su experiencia en el barrio barcelonés de La Mina, hasta su colaboración en los años ochenta en la organización del Área de Servicios Sociales del Ayuntamiento de Barcelona. Años más tarde, será otra precursora, Rosa Domenech (2013) quien publique «Vivencias sociopolíticas y trabajo social. Mi granito de arena». En él, la autora, desde una perspectiva crítica pero constructiva, reflexiona sobre su recorrido profesional, describiendo y analizando los logros y retos a los que debe enfrentarse el Trabajo Social. Ambos libros abren a nuestro entender la puerta en España a la narración de la experiencia profesional en Trabajo Social, que lentamente consigue colarse entre nuestras publicaciones. Baste como último ejemplo el artículo breve pero intenso de Cristina Fraile (2014), «El Treball social, el record i la nostàlgia. Reflexió d'una treballadora social acabada de jubilar» y, aunque discurra por territorios distintos, las entrevistas a reconocidas y experimentadas trabajadoras sociales que algunas publicaciones vienen ofreciendo.

Con estos ejercicios narrativos, conviven otro tipo de apuestas en las que la experiencia personal, el yo del autor, se sitúa en primerísima línea, en una arriesgada combinación entre el relato y el artículo científico que busca describir o analizar un fenómeno o situación. Pondremos a continuación algunos ejemplos. La apuesta de Rafael Aliena (2004) en clave personal en «Descenso a Periferia» en el que describe los sinsabores de la cotidianeidad de los servicios sociales de una gran ciudad imaginaria, mediante una acertada combinación de recursos del género de la novela y la descripción sociológica. El original y emotivo relato de García Villaplana (2007) «Escucha con los ojos bien abiertos, ¡oh! alma afortunada, el canto de dos tipos divertidos» y algunos de los relatos cortos de Miguel Aragón (2013) como «De moralidades (I)», pueden considerarse incursiones afortunadas en esa dirección. Otro ejercicio parecido es el de Jaraiz (2011) en las notas introductorias de «Intervención social, barrio y servicios sociales comunitarios» al que ya hemos aludido, donde la narración, en primera persona del autor sobre sus primeros contactos y experiencias con la intervención y los servicios sociales sirve de contexto al apartado científico que le sigue acerca los problemas de la intervención social comunitaria en España. En la misma línea aunque más cerca-

na al academicismo encontramos los trabajos de Cortés (2010) «Un claro entre las nubes. Relato sobre mi experiencia como educador y como persona en un centro de menores infractores» o Santos (2013) «El cuarto pilar: un nuevo relato para los servicios sociales» en el que, huyendo de los códigos y las metáforas acostumbradas, se defiende el papel de los servicios sociales para recuperar los valores de justicia e igualdad que los inspiraron. No dejaremos pasar la ocasión de mencionar por último dos textos que destilan esa otra forma de contar el Trabajo Social que queremos acercar a estas líneas. El de Silvia Navarro (2004) «La mitad del cielo: mujer, saber, experiencia creadora y compromiso en Trabajo Social» rico en matices y en el que realiza una defensa de la narrativa como fórmula para visibilizar mayorías silenciadas y el de Mar Salvador (2009) «El gusto es mío» donde propone un recorrido por los servicios sociales a través de los distintos sabores: dulce, amargo, ácido y salado.

Todos ellos son algo más que unas memorias, un relato o escrito novelado. Contienen interpretaciones sensibles de fenómenos y hechos de la realidad de nuestra profesión, conocimiento extraído de la práctica y la indagación profesional. Son historias personales y colectivas con las que sentirnos identificados y con las que construir un patrimonio común.

Todos ellos, de mayor o menor extensión y profundidad, son la muestra de que la investigación narrativa es una realidad emergente del Trabajo Social en España. Lentamente y aunque carente por el momento de conciencia de ser una estrategia original, va atrayendo la atención de quienes huyen del simple dato o descripción empírica. De quienes no quieren contar las historias de otros sino su experiencia o su experiencia con otros. De quienes buscan otras formas de construir su disciplina que integre la experiencia.

5. Conclusiones

No se trata de deslegitimar lo empírico o de hurtarle el protagonismo que se merece. La intervención en Trabajo Social precisa una base científica, de hechos probados que la orienten y la dirijan. Pero también es cierto, que, tras las aportaciones generales de Eisner (1998) y Schön (1998) y la posterior defensa desde nuestra disciplina de England (1986) y Gray y Webb (2007), hay quienes ven en el Trabajo Social un arte aunque otros prefieren entenderlo como una práctica

o intervención artística. En cualquier caso, contiene una serie de cualidades y habilidades que hacen que la intervención sea posible, incluso cuando no llega a buen puerto. Ese conjunto de saberes, considerado por algunos autores como conocimiento desde la reflexión en la acción (Schön, 1998) o de *tipo delta* (Deslauriers y Pérez, 2004), es un tipo de conocimiento cada vez menos prescindible, aunque no alcance los requisitos científicos o sea de difícil transmisión. Durante muchos años de práctica profesional, los pensamientos, las ideas sobre nuestra actividad, desaparecían entre nubes de urgencia y rutina burocrática. Fuera como fuera, la reflexión y el cuestionamiento de nuestra actividad cotidiana eran apartados una y otra vez a un lado, impelidos por la necesidad de legitimarnos como sujetos profesionales. La investigación narrativa y especialmente algunos de sus métodos permite transformar la anécdota o el asiduo chascarrillo de café, en una reflexión disciplinada sobre lo que hacemos, por qué creemos que lo hacemos y para qué lo hacemos, este o no equivocada. En ese sentido es el mundo tal y como lo hemos sentido y como lo significamos. La complejidad de las realidades que vivimos y algunas restricciones de las formas tradicionales de conocimiento constituyen una oportunidad para que lo narrativo complete los huecos dejados por la teoría y por los datos, permitiéndonos añadir luz a algunas sombras que pesan sobre la intervención social. Defendemos por consiguiente las posibilidades de la investigación narrativa y especialmente de las autometodologías para concitar esa inteligencia emocional, esas habilidades y actitudes a través de la escritura reflejando la experiencia de los profesionales de los servicios sociales.

El Trabajo Social tiene sobrado poso de memoria personal y profesional como para exprimir dichas destrezas y competencias, permitiéndonos mejorar la forma en qué enfrentamos los problemas sociales. Sin embargo, pese a los intentos por desarrollar marcos metodológicos y analíticos que sean aptos, la experiencia continúa siendo la gran olvidada del conocimiento. En ese sentido, consideramos que las estrategias que toman como punto de inicio la reflexión sobre la propia experiencia están llamadas a jugar un papel más relevante en la investigación social del que actualmente representan, especialmente en aquellos terrenos en los que se demuestra las insuficiencias del paradigma positivista. Las for-

mulas de investigación narrativa que defendemos y los ejemplos que hemos aportado, muestran el interés por construir otra historia de la intervención social desde el Trabajo Social. En ella los profesionales, los estudiantes y quienes pudieran verse interesados, podrán identificarse, ver reflejadas o cuestionadas sus experiencias personales y profesionales, incentivando un diá-

logo constructivo y consolidando una identidad profesional huérfana de mitos, historias y relatos fundacionales. De este modo, al mismo tiempo que recuperamos nuestra memoria, ponemos en valor la experiencia de quienes han sido capaces de reflexionar sobre el ejercicio de su práctica y transmitir conocimientos que de otra forma se perderían.

6. Referencias bibliográficas

- Addams, J. (1910). *Twenty years at Hull-house with autobiographical notes*. Nueva York: Mc. Millan Press.
- Aguilar, M. (2014). Apuntes para un replanteamiento de los servicios sociales en España. En: VII *Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2014*. Madrid: Fundación FOESSA.
- Aliena, R. (2004). *Descenso a Periferia*. Valencia: Nau llibres.
- Alonso, M. y Calles, A. (2008). La utilización de las narraciones e historias en la práctica docente. *Cuadernos de Trabajo Social*, 21, 247-261.
- Aragón, M. (2013). *De moralidades (I). Reflexiones de un trabajo social comunitario en un barrio de trabajadores*. Recuperado de: www.hislibris.com/textos/de_moralidades.doc (Consultado el 1 de mayo de 2015).
- Arancibia, L. y Cáceres, G. (2011). La reflexividad como dispositivo crítico en la práctica del trabajo social. *Trabajo Social Global*, 2, 1-23.
- Bruner, J. (1997). *La fábrica de historias*. México: Fondo de Cultura Económica
- Cerdeira, I. y Díaz, S. (1988). El malestar social. *Cuadernos de Trabajo Social*, 1, 129-141.
- Cifuentes, R.M. (1999). *La sistematización de la práctica del Trabajo Social*. Buenos Aires: Editorial Lumen.
- Clandinin, J. y Connelly, M. (1994). Personal experience methods. En N. Denzin & Y. Lincoln (eds.), *Handbook of qualitative methods* (pp. 413- 427). Londres: Sage.
- Coffey, A. (2004). *Reconceptualizing social policy*. Londres: Mc Graw Hill Professional.
- Colomer, M. (2009). *El trabajo social que yo he vivido*. Barcelona: Editorial Impuls y Consejo General de Colegios Oficiales de Trabajo Social.
- Cordero, N. y Blanco, J. (2004). ¿Trabajo Social sin fundamento? Aportaciones del paradigma de la complejidad a la epistemología del Trabajo Social. *Portularia*, 4, 407-412.
- Cortés, F. (2010). Un claro entre las nubes. Relato sobre mi experiencia como educador y como persona en un centro de menores infractores. En J.I. Rivas, y D. Herrera, (eds.), *Voz y educación* (pp. 129- 146). Barcelona: Octaedro.
- Denzin, N. (2003). Foreword: narrative's moment. En M. Andrews, S. Sclater, C. Squire & A. Treacher (eds.), *Lines of narrative* (pp. 11-13). Londres: Routledge.
- Deslauriers, J.P. y Pérez, J.V. (2004). El reto del conocimiento en la práctica del Trabajo Social. *Cuadernos de Trabajo Social*, 17, 195-210.
- Domenech, R. (2013). *Vivencias sociopolíticas y trabajo social. Mi granito de arena*. Barcelona: Editorial Impuls.
- Dominelli, L. (1995). Women in the community: feminist principles and organising in community work. *Community Development Journal*, 30, 133-143.
- Domínguez, M.J. (2006). La formación para la práctica profesional del trabajador social. *Acciones e Investigaciones sociales*, 1, 418-442.
- England, H. (1986). *Social work as art*. Londres: Allen and Unwin.
- Eisner, E. (1998). *El ojo ilustrado*. Barcelona: Paidós.
- Erstad, I. (2002). La investigación en la práctica del Trabajo Social. La experiencia como fuente de conocimientos. *Alternativas*, 10, 413-425.
- Erstad, I. (2006). Relatos y reflexiones en talleres de conocimiento. *Alternativas*, 14, 185-195.
- Fombuena, J. (2007). *Trabajo Social: ideología, práctica profesional y sociedad*. Barcelona: Col.legi Oficial de Diplomats en Treball Social i Assistents Socials de Catalunya.

- Fombuena, F (2011). *Las familias de los trabajadores sociales*. (Tesis inédita), Universitat de València, Instituto Interuniversitario de Desarrollo Local.
- Formenti, L. (2009). Una metodología autonarrativa para el trabajo social y educativo. *Cuestiones Pedagógicas*, 19, 267-284.
- Fraile (2014) El Treball social, el record i la nostàlgia. Reflexió d'una treballadora social acabada de jubilar. *Revista de Treball Social*, 201, 145-148.
- García Fernández, F. (2013). La sistematización de la práctica profesional en el ámbito de la intervención social. En CGTS, *La intervención social en tiempos de malestares. XII Congreso Estatal del Trabajo Social*.
- García Villaplana, A. (2007). Escucha con los ojos bien abiertos, ¡oh! alma afortunada, el canto de dos tipos divertidos». *Portularia*, 7, 157-168.
- Gray, M. y Webb, S. (2007). Social work as art revisited. *International Journal of Social Welfare*, 17 (1), 182-193.
- Hornillo, E. y Sarasola, J.L. (2003). El interés emergente por la narrativa como método El caso de las historias de vida. *Portularia*, 3, 373-382.
- Jaraiz, G. (2009). El gusto por la desarrollo profesional y la formación permanente de los trabajadores sociales. En CGTS, *Trabajo Social: Sentido y sentidos. XI Congreso Estatal de Trabajo Social*.
- Jaraiz, G. (2011). *Intervención social, barrio y servicios sociales comunitarios*. Madrid: Fundación FOESSA.
- Kushner, S. (2002). *Personalizar la evaluación*. Madrid: Morata- Fundación Paidea.
- Kushner, S. (2011). Case study and equity in evaluation. En M. Segone (ed.), *Evaluation for equitable development results* (pp. 172-190). Nueva York: UNICEF.
- Montull, J.A. (1994). *Chicos de la calle*. Madrid: Editorial CCS.
- Moreno Pestaña, (2004). La demanda de la ciencia: esbozo de una sociología de los discursos epistemológicos en Trabajo Social. *Portularia*, 4, 371-386.
- Morin, E. (2004). *El pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa
- Navarro, S. (2004). La mitad del cielo: mujer, saber, experiencia creadora y compromiso en Trabajo Social. En CGTS, *Un mundo, mil culturas. Globalicemos la solidaridad. X Congreso Estatal de Trabajo Social*.
- Penonau-Conway, S. y Toyosaki, S. (2011). Automethodology: Tracing a home for praxis oriented ethnography. *Internacional Journal of Qualitative Methods*, 10 (4), 378-399.
- Renes, V. Ruiz, E., Fuentes, P y Jaraiz, G. (2007). Realidad, pensamiento e intervención social. *Documentación social*, 145, 11-35.
- Rittel, H. y Webber, M. (1973). Dilemmas in a general theory of planning, *Policy Sciences*, 4, 155-169.
- Rodríguez, A. (2013). La intervención sociofamiliar como práctica reflexiva. *Revista de Treball Social*, 198, 9-18.
- Rubilar, G. (2013). Repertorios y aproximaciones biográfico-narrativas. Testimonios y análisis de prácticas investigativas en trabajadores sociales. *Forum Qualitative Sozialforschung*, 14 (2), 1-25.
- Salvador, M. (2009). El gusto es mío. En CGTS, *Trabajo Social: Sentido y sentidos. XI Congreso Estatal de Trabajo Social*.
- Sánchez Vidal, A. (1995). Potencial y límites de la intervención psicosocial. *Revista sobre Igualdad y Calidad de Vida*, 4 (10), 5-15.
- Sandoval, A. (2001). *Propuesta metodológica para sistematizar la práctica profesional del Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Santos Martín, J. (2013). *El cuarto pilar: un nuevo relato para los servicios sociales*. Madrid: Paraninfo.
- Schön, D. (1998) *El profesional reflexivo. Como piensan los profesionales cuando actúan*. Barcelona: Paidós.
- Sicora, A. (2012). Práctica reflexiva y profesiones de ayuda. *Alternativas*, 19, 45-58.
- Smith, D. (1987). The limits of positivism in Social Work research. *British Journal of Social Work*, 17 (4), 401-406.

- Trescents, A. (1987). Memorias de un educador veterano en el barrio chino de Barcelona. En: F. Gue-
rau, y A. Trescents (eds.), *El educador de calle* (pp. 39-111). Barcelona: Roselló Impressions
- Trescents, A. (1993). *Historias de mi barrio*. Madrid: Ediciones San Pio X.
- Trillo, F. y Méndez, R.M. (2001). Los estudiantes y la universidad: una cuestión de actitudes. *Inno-
vación Educativa*, 11, 175-188.
- Úcar, X. (2010). El Trabajo Social entre la complejidad y las profesiones de lo social. En A. Rodrí-
guez y E.E. Raya (eds.), *Una Europa social y plural*. (pp. 145- 153). Actas del VII Congreso Es-
tatal de Escuelas Universitarias de Trabajo Social.
- Van Manen, M. (2003). *Investigación educativa y experiencia vivida*. Barcelona: Idea Books.
- Vilbrod, A. (2003). *L'identité incertaine des travailleurs sociaux*. París: L'Harmattan.
- White, S. (2001). Auto-ethnography as a reflexive inquiry. The reseach act as self-surveillance. En I.
Shaw & N. Gould (eds.) *Qualitative research in Social Work* (pp. 101- 112). Londres: Sage.